

Ortega y Gasset, J. (2002). *El tema de nuestro tiempo*. Madrid: Tecnos.

Isabel Ruiz Pinto^a

El estudio que Ortega realiza en esta obra expone cómo la tradición moderna nos ha ofrecido dos formas opuestas e incompatibles de comprender la relación entre vida y cultura. La primera de ellas, el racionalismo, niega todo el sentido de la vida para salvar y glorificar la cultura¹. Desde el Renacimiento fluye por Europa la postura del racionalismo. Para esta doctrina, la verdad es entendida como una, absoluta e incorruptible, y no puede ser concebida por personas individuales, de-

bido a que ellas son corruptibles y mundanas. Debe haber un sujeto abstracto, común a todas las personas individuales que concibe esta verdad absoluta. Kant es el que mejor lo concibió con su “ente racional”. El racionalismo fue descubierto en las plazas de Atenas con Sócrates. En este momento nace Europa. Los conceptos puros resultan más claros e inequívocos que las cosas cotidianas, debido a que se comportan según leyes exactas. Por ello, la misión del hombre consiste en sustituir lo espontáneo por lo racional, desconfiar de lo espontáneo y mirarlo mediante normas racionales. Ortega muestra en la obra cómo en los siglos pasados el tema de su tiempo, la misión de las generaciones pasadas fue intentar abandonar la vida espontánea, para instaurar el reinado de la razón pura. Renunciando así a la vida con el fin de instaurar la fe en leyes objetivas y racionales que alcanzasen la verdad ab-

¹ Cuando Ortega usa el término *cultura* lo hace dando la siguiente definición: “La cultura consiste en ciertas actividades biológicas, ni mas ni menos biológicas que digestión o locomoción”. Con ello Ortega pretende reivindicar el valor de la vida y descartar su insuficiencia respecto a la moral, al arte o a la ciencia. Como ocurría en la modernidad. Incluye por tanto aspectos tanto científicos como de la propia vida (Ortega y Gasset, J. (2002). *El tema de nuestro tiempo*. Madrid: Tecnos, 274).

^a Correspondencia: Universidad de Málaga, Facultad de Filosofía y Letras, Departamento de Filosofía. Campus de Teatinos, s/n. 29071 Málaga. España.



soluta. Por el contrario, el relativismo lleva a cabo la operación inversa, reniega de todo valor objetivo que posea la cultura para hacer de la vida el nuevo principio. El relativismo pretende ser fiel a la historia y por ello afirma que no existe “la verdad”, sino que lo encontrado son verdades relativas a la condición de cada época y más en concreto, a la de cada sujeto. Sin embargo, si no existe la verdad no puede el relativismo tomarse en serio. Además, la fe en la verdad es radical en la vida humana y si la eliminamos queda la vida como algo ilusorio. El relativismo resulta ser a la larga un irracionalismo, siendo su error el inverso al racionalismo: olvida el apetito de objetividad de la vida humana.

Ambas posturas han tenido su momento en la historia. Han ayudado a las generaciones pasadas a enfrentar su época. Sin embargo, en nuestro tiempo resultan ser insuficientes por la ceguera parcial y complementaria que ambas sufren. Es la misión de su generación, según Ortega, superar esa antinomia. El tema de nuestro tiempo consiste en instaurar la razón vital. Para el sujeto de nuestro tiempo no resulta certero hablar de la vida humana amputada de la verdad, pero tampoco resulta lógico eliminar todo rasgo de vitalidad para el conocimiento de la verdad. El tema de nuestro tiempo estriba en subyugar la razón a la vitalidad. Hacer ver que la cultura, la razón, es un maravilloso descubrimiento pero deben conocerse sus límites. La razón es una forma y función de la propia vida y, por ende, es intrínseca a ella.

El hombre de nuestro tiempo debe desarrollar una cultura compatible con la vida. Comprender y resaltar la primacía de esta. Es la propuesta de Ortega: la razón vital. El hombre actual de Ortega no reniega de la razón, sino que la pone en su sitio, eliminando sus pretensiones de reinado. El *raciovitalismo* da por hecho que todas las funciones cognoscitivas del hombre y sus construcciones están relacionadas con la vida, pues no es posible vivir sin creencias. Ellas son las que nos sustentan, como una tabla en un océano, y si la tabla se cae, el hombre queda ahogado por la incertidumbre, por el caos originario que es la vida. La razón es, por ello, un valioso instrumento. Sin embargo, eso no es incompatible con la capacidad de apreciar la vida por sí misma y sus valores. Si el hombre del pasado ha sido ciego a la vida y no tomó la vida como principio, esto es, si no le dio su valor porque buscaba su valor en otros valores trascendentales, ahora se trata de admirar y valorar la vida por sí misma y sus valores. Hay que conjugar el imperativo racional y el imperativo vital, para ser fieles a la realidad. Toda filosofía que no respete la conjugación de estos dos imperativos será utópica. La síntesis entre cultura y vida conlleva una postura gnoseológica donde el sujeto no aparece ya como un “yo puro”, pero tampoco la percepción de este produce una deformación en la realidad. La ceguera parcial y complementaria del relativismo y del racionalismo es superada por la doctrina del punto de vista de Ortega.



Según esta doctrina la persona no se deja traspasar por la realidad, pero tampoco concibe una realidad ilusoria y totalmente aparente. La persona posee un órgano receptor que está preparado para comprender algunas verdades, ignorando otras completamente. Es por tanto selectiva a la hora de percibir la realidad. Solo mediante la doctrina del punto de vista se puede respetar la dimensión vital e histórica de la verdad. De este modo, aparece cada individuo, cada generación, como un órgano de conocimiento necesario e insustituible. La verdad integral solo es posible lograrla mediante la articulación de lo que ve el prójimo con lo que yo veo. La verdad absoluta es construida en un proceso histórico por cada una de las épocas, generaciones y personas individuales. Como en un plano hipotético establece Ortega que la verdad absoluta solo sería conocida por Dios, en el sentido de que él es omnipresente y puede reunir en él todos los puntos de vista.

Para Ortega toda época, y por tanto cada generación, tiene una tarea que realizar. Ello se debe al cambio de sensibilidad. Así, a diferentes épocas no se les presenta la realidad de igual modo y con las mismas necesidades. Cuando en una generación cambia la sensibilidad, esto es, la forma de percibir la realidad, se lleva a cabo una filosofía beligerante. Esta filosofía promueve un cambio de paradigma profundo para poder superar el pensamiento pasado y satisfacer sus propias necesidades. Sin embargo, en algunas ocasiones las

generaciones no llevan a cabo su misión y se alojan en las ideas e instituciones pretéritas. Éstas son las épocas de filosofía pacífica donde el pensamiento es considerado un desarrollo de las ideas que germinaron en el pasado. Como dice Ortega, es una generación de viejos.

El tema de nuestro tiempo muestra como Europa, y en especial España, han mantenido la segunda de las posturas descritas. Se ha vivido según modelos, ideas, instituciones, etc. pasadas –bien sea acorde al racionalismo, o al vitalismo–. Ellas ya no resultan ser fieles a las necesidades de dicha época. Como consecuencia, vislumbra Ortega la urgencia de atender al cometido de su época y llevar a cabo el tema de su tiempo, instaurando nuevas formas culturales y vitales. El tema de su tiempo será para Ortega la sustitución de la razón pura, por la razón vital.

En esta obra se muestra como para Ortega la verdad científica consolidada en la modernidad no puede ser la verdad absoluta, completa. Debido a que el hombre posee una verdad temporal, histórica y dinámica, que no es posible encapsular en leyes y modelos científicos. Si nos limitamos a entender la realidad y la vida desde las leyes positivistas, quedarán aspectos de la vida humana sin explicar.

Es doctrina conocida que Ortega y Gasset está llevando a cabo una defensa de las ciencias sociales. Durante la modernidad todo aquello que no fuera regulado y conocido mediante leyes puramente científicas era rechazado como pseudo-



ciencia. Sin embargo, para Ortega no es así, en la realidad encontramos aspectos que pueden ser conocidos desde otros parámetros que no son los de las ciencias exactas y que por ende, deberían ser calificados como ciencia; pues están a la misma altura, y permiten conocer aspectos diferentes. Esta defensa de las ciencias sociales no supone un rechazo a las ciencias exactas, más bien una aceptación entre ambas para conocer aquellos aspectos que unas y otras ignoran por sus cegueras parciales. Este planteamiento es necesario tenerlo en cuenta en nuestro tiempo. Actualmente se toma como científico, verdadero y evidente todo aquello conocido mediante la biología, las matemáticas, la física, etc. desprestigiando el conocimiento de las áreas de humanidades tales como la historia, las diferentes filologías o la propia filosofía. Mientras esto siga ocurriendo tendremos una sociedad muy instruida en ciencias exactas, pero con una atrofia para el conocimiento de muchos aspectos humanos. Es necesario no eliminar este conocimiento de las ciencias humanas y sociales; ni querer situarlo de forma superior a las ciencias exactas. Simplemente acep-

tar que son dos modelos diferentes para conocer aspectos de la realidad diferentes. Mientras esto no sea así, nuestra sociedad estará ignorando aspectos tan reales y verídicos como los que conoce a la perfección. Recordemos en este punto una de las frases más iluminadoras de la obra: “La razón pura no puede suplantarse a la vida: la cultura del intelecto abstracto no es, frente a la espontánea, otra vida que se baste a sí misma y pueda desalojarse de aquella. Es tan solo una breve isla flotando sobre el mar de la vitalidad primaria. Lejos de poder sustituir a esta, tiene que apoyarse en ella, nutrirse de ella como cada uno de los miembros vive del organismo entero”². En este punto, debemos guiarnos por unas de las implicaciones más tolerantes de El tema de nuestro tiempo, no reivindicar ninguna posición como la absoluta, sino más bien saber llevar a cabo una integración de diferentes posturas mediante la tolerancia, la comprensión y el respeto mutuo.

² Ortega y Gasset, J. (2002). *El tema de nuestro tiempo*. Madrid: Tecnos, 97.

